OPINIÓN

La toma de protesta histórica, entre luces y sombras

Por Helios Ruiz · 3 de octubre de 2024 · 5 min de lectura



El 1 de octubre se vivió un momento histórico en México: la primera mujer asumió la presidencia del país. Un evento cargado de simbolismo y, sin duda, un hito que quedará grabado en la memoria de la política nacional. Pero, como todo hecho trascendental, no estuvo exento de luces y sombras. La ceremonia estuvo llena de mensajes no solo en las palabras, sino también en las miradas, los gestos y, sobre todo, en la interacción —o falta de ella— entre las figuras clave presentes.

Desde el principio, la ceremonia reveló mucho más de lo que un discurso podría haber expresado. Antes de que la presidenta Claudia Sheinbaum llegara, la atención se centró en los dos personajes que representan la dualidad política en México: el expresidente Andrés Manuel López Obrador, quien fue rodeado por legisladores de su movimiento y sus aliados, y la ministra presidenta de la Suprema Corte, Norma Lucía Piña, quien se convirtió en el centro de atención de la oposición.

Esta escena inicial, de dos extremos en el mismo espacio, mostró a una audiencia atenta que, aunque López Obrador ya no ostenta la presidencia, su influencia sigue presente. Las imágenes de los legisladores pidiéndole fotografías y gritando consignas a su favor lo reflejaron claramente. Mientras tanto, al otro lado del recinto, la oposición se reunía en torno a la ministra Piña, en un gesto de reconocimiento hacia quien ha representado una voz independiente en la judicatura.

Pero fue la llegada de Claudia Sheinbaum lo que marcó el verdadero comienzo de esta nueva era. Saludó a cada uno de los integrantes de la mesa principal, incluida la ministra Piña, mostrando un respeto institucional que algunos dudaban que mantendría dada la polarización existente. Si alguien esperaba un quiebre entre Sheinbaum

y López Obrador, el evento demostró lo contrario. Al contrario de lo que algunos analistas predecían, la presidenta no se distanció de su mentor político, sino que, con inteligencia, reconoció su legado y, al mismo tiempo, se posicionó como una líder con visión propia.

Durante su discurso, se dieron tres tipos de lecturas, que muestran la fragmentación y las expectativas que existen en torno a su mandato. Por un lado, para los simpatizantes de la Cuarta Transformación (4T), sus palabras reafirmaron la continuidad del proyecto que López Obrador inició. Para ellos, la nueva presidenta representa la continuación del camino hacia la transformación social y económica que prometieron hace seis años.

Por otro lado, los críticos vieron en su discurso un tono de despedida hacia López Obrador, casi como si quisiera rendirle un homenaje final. En este punto, la interpretación es importante: para algunos, estas palabras fueron vistas como un intento de marcar una diferencia, de señalar el fin de una era y el inicio de otra. Sin embargo, otros creen que se trató de un gesto calculado para asegurar el apoyo de las bases más leales al exmandatario, mostrando que sigue comprometida con sus ideales.

Y finalmente, hubo quienes encontraron en el discurso de Sheinbaum una postura más amplia, de alguien que busca trascender la división y gobernar para todos. En ciertos momentos, sus palabras parecían dirigirse a un México más grande que su propio movimiento, señalando temas sensibles como la seguridad, el empleo y la educación, y haciendo un guiño a los inversionistas al garantizar la estabilidad económica. Este último punto no es menor: en un país donde la incertidumbre económica puede ser un factor decisivo, asegurar a los empresarios que sus inversiones están seguras fue una señal clara de pragmatismo.

Pero un discurso, por brillante que sea, no define un gobierno. Las palabras deben traducirse en acciones, y serán estas las que verdaderamente delineen la presidencia de Claudia Sheinbaum. El verdadero reto comienza ahora, cuando tenga que demostrar que puede mantener un equilibrio entre la continuidad de la 4T y la necesidad de ser una líder de su propia era.

Los primeros días de su gobierno serán cruciales para establecer el tono y las prioridades de su administración. ¿Se centrará en mantener las políticas de su predecesor o buscará marcar un nuevo rumbo? ¿Podrá construir puentes con una oposición que, hasta ahora, se ha mostrado escéptica y dividida? ¿Podrá enfrentar los enormes desafíos de seguridad y gobernabilidad que persisten en muchas regiones del país?

Lo que queda claro es que Sheinbaum tiene ante sí una oportunidad única para redefinir el papel de la mujer en la política mexicana y, más importante aún, para mostrar que puede gobernar con una visión más inclusiva y menos polarizadora. Si logra establecer su liderazgo con acciones que beneficien a todos los mexicanos, podría dejar un legado duradero y trascender la sombra de su predecesor.

El simbolismo de su llegada al poder, con un evento lleno de referencias a la lucha feminista, no debe quedar solo en la imagen. La sociedad mexicana, y en particular las mujeres que han luchado por mayor equidad y justicia esperan mucho más que gestos. Quieren resultados concretos que mejoren sus vidas, que reduzcan la violencia y que amplíen sus oportunidades. Y ese será el verdadero desafío de Sheinbaum: convertir la esperanza en realidad.

Por ahora, lo que hemos visto es un inicio entre luces y sombras. Un acto inaugural que, como toda toma de protesta, está lleno de promesas y expectativas. Pero en política, como en la vida, no es el arranque lo que define un proyecto, sino el trayecto. México ha sido testigo de una transición histórica, pero la historia real apenas comienza. ¿Será Claudia Sheinbaum capaz de escribir su propio capítulo o quedará atrapada en la sombra de quien la antecedió? Solo el tiempo lo dirá.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/la-toma-de-protesta-historica-entre-luces-y-sombras
Descargado el 21 de noviembre de 2026.